



La  
sexta  
planta

Diego G. Andreu

Jaime Murillo, escritor de novelas de terror con un éxito mediocre, vive en la sexta planta de un edificio en un barrio alejado de Madrid con Noelia Pineda, su mujer, y Javier Murillo, su hijo de nueve años. Ante la crisis financiera que arrastra la familia, Jaime se propone escribir la novela que lo catapulte hacia el éxito, sin embargo, ningún hilo argumental lo satisface. Después de mucho meditarlo, al fin se decide: ¿sobre quién iba a escribir, si no?

El proyecto parece avanzar a buen ritmo, hasta que un día recibe una carta sin franqueo revelando una terrible premonición. Sí, quizá escribir sobre ello no había sido una buena idea, pero ahora ya no hay vuelta atrás y el terror, la intriga y el desconcierto están servidos.

# Índice de contenido

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

- Capítulo 61
- Capítulo 62
- Capítulo 63
- Capítulo 64
- Capítulo 65
- Capítulo 66
- Capítulo 67
- Capítulo 68
- Capítulo 69
- Capítulo 70
- Capítulo 71
- Capítulo 72
- Capítulo 73
- Capítulo 74
- Capítulo 75
- Capítulo 76
- Capítulo 77
- Capítulo 78
- Capítulo 79
- Capítulo 80
- Capítulo 81
- Capítulo 82
- Capítulo 83
- Capítulo 84
- Capítulo 85
- Capítulo 86
- Capítulo 87
- Capítulo 88
- Capítulo 89
- Capítulo 90
- Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Nota del autor

*En memoria de Mari Carmen Fas*

## 1

Aquella noche de invierno se quedó fría y cerrada, y como dirían los más viejos del lugar, mañana el día amanecería tan gélido que podría arrancarte la piel con la misma facilidad que se pela un plátano. La niebla se arrastraba a un palmo del suelo por las desiertas calles de Madrid, pero allí, al final del viejo camino del cementerio, donde los edificios eran cada vez más escasos y los crujidos de las ramas más asiduos, se atrevía a ocupar todo el espacio, espesa y vibrante como una gelatina de lepra.

...

—¿Espesa y vibrante como una gelatina de lepra? —surró Jaime con un hilo de voz, frunciendo el ceño.

Si lo leía Eugenio, el intransigente de su editor, con toda probabilidad se lo haría tragar sazonado con pimienta y sal. Releyó el párrafo una segunda vez, como si así fuese a impregnarse de un cierto interés que ahora no percibía por ninguna parte; ni siquiera un débil brillo de esperanza. Sus ojos, entrecerrados por el cansancio y poco convencidos de la solidez de sus palabras, se desplazaron de un extremo al otro de la pantalla del ordenador. Cuando llegó a la palabra *lepra*, abatido y exhausto, suspiró. Tras meditarlo durante unos segundos, su dedo planeó por encima del teclado hasta aterrizar una vez más sobre la tecla de borrar. Las palabras, al igual que todas aquellas que con anterioridad murieron por el mismo método taxativo, fueron comidas por el cursor hasta dejar una lustrosa y palpitante página en blanco.



Jaime Murillo detestaba las páginas en blanco. Pero sobre todo cuando no había ni una sola palabra que las precediera. Ni siquiera un título. Ni siquiera una idea. El cursor, como si una extraña vida biotecnológica habitase en su interior, parpadeaba frente a él con impaciencia esperando ponerse a trabajar. *Hoy me parece que tienes el día libre, amigo.*

Llevaba casi dos horas encerrado en su despacho, y había utilizado la odiosa tecla en diez ocasiones, aunque perdió la cuenta a partir de la sexta vez. El duelo siempre lo había acabado venciendo la página en blanco, en cada uno de los diez asaltos (era rápida, muy rápida desenfundando el revólver), pero lo peor de todo, lo peor con diferencia, era que comenzaba a hablar con el cursor, como si fuera con un amigo en el bar de la esquina. Cuando llegaba ese momento, sabía que su mente no daría para más durante un buen rato.

Se levantó de la silla, estiró los brazos y cogió un cigarrillo del paquete sobre la mesa. Abrió la ventana y una corriente de aire cortante le azotó la cara. Aquí no era invierno, como había escrito minutos antes, era 21 de noviembre, a medio camino del otoño, pero el frío lo había descrito fiel a lo que imperaba aquella noche. *No hay nada mejor que sentir para describir.*

Prendió fuego a la punta, exhaló una gran bocanada de humo y lo expulsó por la ventana. Apoyó los codos sobre el deslustrado alféizar de la ventana y contempló sin mucho interés las deprimentes vistas que le ofrecía. El edificio donde vivían él y su familia tenía ocho plantas, en un barrio alejado de Madrid. Ellos vivían en un modesto apartamento en la sexta planta. Lo más interesante que podía encontrar era una hilera de árboles (ahora casi desnudos) que adornaba la calle de dos sentidos al tráfico. Estos eran como manos esqueléticas que brotaban de las aceras, abombadas y peligrosas en demasiados tramos, y los únicos que en contadas ocasiones le habían servido de inspiración. Bueno, la

verdad es que eso no era del todo cierto. Los sombríos edificios de enfrente, muchos de ellos con pisos deshabitados y las persianas bajadas y descascarilladas, también habían participado en ese *momento dulce y brillante*.

Sacudió la ceniza del cigarro y esta se precipitó al vacío dibujando una espiral. ¿Por qué no tendría una casa en medio de un paraje natural, con unas vistas desde su despacho capaces de arrancar a su imaginación las mejores palabras jamás escritas? Como poseían otros escritores de terror con mucho más éxito que él. Sin embargo, para responder a la pregunta no tenía que ahondar demasiado en la profundidad de sus pensamientos. Era sencilla y conocía la respuesta sobradamente: porque no se la podía permitir. Rápida y cruel.

Puede que el género de terror hubiese tocado fondo, que la gente ya no se dejara impresionar por nada, por la sencilla razón de que todo, absolutamente todo, estaba explotado hasta la saciedad. El terror, y no solo en el ámbito literario, había pasado a un segundo plano, como un espectador en la lejanía, y posiblemente solo servía para que adolescentes lo usasen como excusa para aterrorizar a sus novias y meterles mano en el acercamiento. Y aunque esa fórmula siempre había sido bastante efectiva, las chicas de hoy en día tampoco se asustaban con tanta facilidad. ¿Qué esperaba, entonces, el lector para sentir terror verdadero?, pensó. Le dio una calada al cigarro y expulsó el humo por la nariz. La nicotina le ayudaba a pensar y, como un brillo aislado de inspiración, creyó encontrar la respuesta: sentir el terror en la propia piel. A nadie le asusta leer que las luces de casa están encendidas cuando sabes perfectamente que las has apagado antes de salir, o que de pronto, tu propio reflejo en el espejo no sigue tus movimientos, pero sin embargo te observa con expresión macabra. Esas nimiedades están superadas, pero no, no hay que subestimar al terror, este no se ha esfumado del ser humano en un obligado paso evolutivo, como dicen que tendemos a perder el

dedo meñique porque la única utilidad que tiene es para rascarte el interior de los oídos.

Porque... ¿y si en tu propia casa, en tu vida cotidiana, y olvidando por un momento que eres la persona más valerosa y menos asustadiza de todo el universo, vieses antes de acostarte que inexplicablemente todos los cajones de tu dormitorio están abiertos? ¿O, pongamos por caso, que vas en el ascensor de tu casa, se detiene en un piso cualquiera, y cuando se abren las puertas con un chirrido metálico entra ese vecino tuyo que falleció la semana pasada de un infarto al corazón? ¿O (esta sí que es buena) si sintieses en un callejón húmedo y oscuro, no muy lejos de tu casa, el aliento en tu nuca de ese despiadado asesino en serie del que pensabas que nunca te cruzarías, porque eso siempre le ocurre a los demás? Nunca a ti, ¿no es cierto? En efecto, la clave residía en la palabra casa, muy cerca de tu entorno cotidiano. Ahí, ahí es donde surge el verdadero terror. Esa sensación que te alerta de un peligro, que te avisa de que cabe la posibilidad de que tu propia existencia esté a punto de concluir. Esa sensación que ahoga tu grito, que paraliza tu cuerpo, que dispara los latidos de tu corazón. En el preciso momento en que tu mente acepta que el mal realmente existe, y que te ha rozado con su uña larga y corroída, ese es el momento en que el terror adopta el verdadero sentido de la palabra en sí, el momento en que se apodera de ti.

Ese era exactamente el terror que buscaba.

Suspiró desolado. Por lo visto su mente aún había sido capaz de dar más de sí. Llevaba toda la tarde pensando en ello, y no era fácil aislarlo en una burbuja, ni siquiera durante la pausa de un cigarro.

En esas casi dos horas, había repasado todo el manual de temática terrorífica una y otra vez. Succionó el cigarro pensativo. Los vampiros. Aunque eran su debilidad, estaban tan explotados que habían perdido su verdadera magia oscura. Ahora solo eran seres dotados magníficamente

y con un gran talento para el amor. Los había descartado incluso antes de planteárselo. Observó un solitario coche girar al final de la calle. Consultó la hora en su reloj. Casi las nueve de la noche. Noelia debía estar a punto de llamarlo para cenar, y esa presión añadida todavía lo desconcentraba más.

*No pierdas el hilo, no lo pierdas.*

Los zombis. Siempre eran su segunda opción, pero ¿qué podía decir acerca de ellos? Más de lo mismo, sin duda. En un putrefacto mundo apocalíptico ya no quedaba más donde rascar. Además, Eugenio lo rechazaría de inmediato, antes de que abriese la boca y pronunciase la primera Z. Pensó en brujería, en sectas. Ni hablar. Nunca le había atraído y no se sentiría cómodo escribiendo sobre ello. Quizá casas encantadas, fantasmas. Suspiró. Había un sinfín de libros hablando sobre ellos, y el cine tampoco ayudaba.

Payasos asesinos, psicópatas sangrientos, alienígenas provistos de un carácter demasiado agrio. Nada era lo suficientemente sustancioso como para perder el tiempo en ello. Apuró el cigarro y a punto estuvo de lanzarlo por la ventana embargado por la frustración, pero se contuvo. Se apremió en cerrar la ventana y aplastó la colilla en el cenicero repleto. El aire cortante lo había dejado helado, y también su despacho. El débil calor que desprendía el calefactor de cuarzo había sido absorbido por el frío de la noche. Ese era el precio que había que pagar por fumar. Elegir entre ahumar el despacho o congelarse. Maldijo para sí mismo. Ni siquiera podían permitirse instalar calefacción en toda la casa, y aunque dispusieran de ella, tampoco podrían permitirse pagar la descomunal factura de gas que generaría.

Temblando de frío, dejó de compadecerse de sí mismo y dedicó un último esfuerzo a sus elucubraciones. Se le acababa el tiempo, y ya podía escuchar la voz de Noelia gritar a través de la puerta cerrada que la cena estaba preparada. Se sentó una vez más frente al ordenador. La pantalla en

blanco parecía reírse de él, y luego estaba aquel maldito cursor, parpadeante, tratando de meter presión.

*Piensa, por Dios, piensa.*

Cerró los ojos y paseó la mano por su cabello, en un evidente gesto pensativo. Cuando los abrió el cursor seguía devolviéndole la mirada con un continuo guiño desquiciante.

*La clave está en la palabra casa.*

*En el preciso momento en que tu mente acepta que el mal realmente existe.*

Escuchó los pasos de Noelia por el pasillo al otro lado de la puerta, posiblemente preparando la mesa. Una vez más, se acababa el tiempo, pero algo se estaba gestando en su mente, una idea que iba adquiriendo huesos, tendones, venas, músculos.

*Ese es el momento en que el terror adopta el verdadero sentido de la palabra en sí.*

Sus ojos se abrieron como platos y sus labios se alzaron esbozando una sonrisa gloriosa. ¡Claro! Lo había tenido delante de sus narices todo este tiempo, ¿cómo no lo había visto antes? La súbita emoción aceleró los latidos de su corazón. ¿Quién era la personificación del mal por Antonomasia?

—Sí, sí...

Sus dedos, a gran velocidad, escribieron en el teclado del ordenador seis letras. En mayúsculas, a modo de título provisional.

## DIABLO

Satisfecho, contempló por unos segundos la temida palabra. Sí, solo con leerla un escalofrío trepó por su columna vertebral. O quizá solo fue el frío que había penetrado en el despacho por la ventana. Era imponente, y mucha gente rehuía pensar en ella, solo por si ese negligente hecho lo atrajese hacia uno mismo.

Perfecto, era absolutamente perfecto. Su imaginativa mente comenzaba a trazar un esbozo de trama cuando la voz de Noelia se escuchó por toda la casa:

—¡La cena está lista!

## 2

Noelia Pineda había asumido hacía mucho tiempo ya (exactamente nueve años y tres meses que llevaban casados) que la mayor parte de las noches debía preparar la cena sin la ayuda de su marido, excepto los fines de semana, esa condición era irrevocable. Además de que se había convertido en una costumbre, lo hacía porque sabía que Jaime necesitaba tiempo y silencio para concentrarse en la escritura, y bastante difícil era ya viviendo en un edificio donde las paredes eran de papel y podías escuchar incluso los pedos que se tiraba el vecino de al lado.

Para esta noche había decidido cambiar el menú colgado con un imán (con la forma de la Torre Eiffel, recuerdo de su viaje de bodas) en la puerta de la nevera, y que siempre llevaba a rajatabla, sustituyendo la ensalada y la pechuga asada que tocaba para el jueves por algo más suculento. A veces, cuando el trabajo en la librería no había sido demasiado duro y se sentía con fuerzas, le gustaba darles una pequeña sorpresa. Había optado por coles con queso gratinado al horno, un plato sabroso y una forma disimulada para que Javier comiera verduras.

Javier, al escuchar el grito de su madre, salió corriendo de su habitación poniendo a voz en grito que se moría de hambre.

—¡Eh, eh! ¡Sin correr, jovencito, y sin gritar!

—Lo siento mamá, es que me muero de hambre —Javier hizo una pausa y respiró—. ¿Qué hay para cenar?